

CRÍTICA POLÍTICA¹

Vicente Lecuna
Universidad Central de Venezuela
vicentelecuna66@yahoo.com

Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela. 1985. Aula 201. Cinco de la tarde. La charla de bienvenida todavía no comienza. En la tarima, detrás del mesón, están sentados cuatro profesores. Hablan entre sí. Fuman. Frente al mesón nosotros, los nuevos estudiantes, unas ochenta personas acomodadas en pupitres de metal y madera, otras más paradas por ahí. También hablamos y fumamos. La gente sale y entra. En muchos casos no se sabe quién es estudiante, quién es profesor, quién es empleado. Alguien dice que juguemos al amigo secreto para integrarnos. La propuesta es acogida con entusiasmo. Se hace una lista que después se corta en pedazos que luego se convierten en bolitas de papel que van a dar a una bolsa. La gente mete la mano, ve quién le tocó, se intercambian nombres. En algún momento María Fernanda Palacios, la directora de la Escuela, nos anuncia que vamos a empezar. Nos callamos. Entran algunos rezagados. Nadie cierra la puerta. Después de cumplir con el protocolo, la profesora nos pide que levantemos la mano aquellos que no queremos estudiar Letras, los que estamos ahí porque no fuimos seleccionados para la carrera que anotamos como primera opción en el examen del CNU. La mayoría es abrumadora. Cuesta trabajo ver, por detrás de tanto brazo alzado, quiénes son los que sí quieren estudiar Letras. Nos reímos. La profesora también se ríe, un poco, y en cuanto recupera la palabra nos dice que no importa, que eso se repara. Que aquí todo el mundo es bien recibido, y que seguramente muchos de los que piensan usar la Escuela como trampolín para saltar a otra carrera terminarán quedándose, porque les va a gustar, que ya veremos.

¹ El profesor Carlos Sandoval, del Instituto de Investigaciones Literarias de la UCV, le pidió a un grupo de colegas que escribieran una especie de autobiografía académica. Sandoval reunió esos textos en un volumen que se llama *Una práctica suicida*. La intervención de Vicente Lecuna forma parte de esta colección ahora en prensa.

Siguen llegando rezagados, a cada rato, campantes, como que no tuviera nada de raro llegar tarde. Los únicos que tratan de disimular son dos recién graduados de bachiller, que entran muy lentamente, demasiado lentamente, cuidándose de no tropezar con nadie. Se sientan detrás de mí, en la última fila, y hacen como que ponen mucha atención, durante unos cinco minutos. Después sacan una botella de anís y un par de vasitos plásticos. Se sirven. Beben. Mientras tanto la profesora nos explica que no existe un perfil definido de lo que debe ser un estudiante de Letras, y que tampoco existe algo equivalente para un graduado. Que algunos trabajaremos en eso que llaman el sector cultural, en un museo, por ejemplo, que otros se dedicarán a la publicidad, que también habrá los que serán escritores, profesores, actores, investigadores y que además otros más harán crítica literaria. También nos explica el plan de estudios: un semestre introductorio sin materias electivas, algunas prelações a partir del segundo semestre y de resto cada uno puede diseñar su propia carrera, a partir de la oferta de cursos. Uno podrá escoger profesores y materias. Uno podrá graduarse en cinco años, o en seis, o en siete, o nunca. Nos cuenta que a finales de los años sesenta muchos de los que ahora serán nuestros profesores, estudiantes en aquel entonces, protagonizaron la renovación universitaria. La Escuela de Letras había hecho una revolución. Lo que no pasó en el resto del país sí había pasado en la universidad. Nosotros seríamos los hijos de la renovación. También nos lee algo de García Lorca, algo de la guerra civil española y nos dice que la Escuela es uno de los pocos lugares donde se lee en voz alta. Me doy cuenta de que tiene razón. En ningún otro lado se lee en voz alta. Bueno, en la iglesia también.

En eso escucho un eructo suave detrás de mí. Uno de los que bebe anís se aprieta la boca con las dos manos y se ríe con los ojos. Los que estamos cerca le retornamos la risa, con alguna complicidad. Pero al rato eructa de nuevo, mucho más duro. Esta vez nadie se ríe. Él tampoco. Su compañero le dice que vaya al baño. Pero él está bien, dice que ya se la va a pasar. No se le pasa. Los eructos se repiten cada vez con mayor frecuencia y en una de esas va y se vomita. Los que estamos cerca miramos el charco. Alguno se cambia de pupitre, alguna se tapa la nariz. Entonces su compañero lo convence, se lo lleva. No es verdad que está bien, dice. Salen con el mismo disimulo que entraron, pero esta vez tropiezan contra el marco de la puerta, los dos a la vez, cada uno por un lado, y se quedan ahí unos segundos, encallados, como los tres chiflados, pero dos. La

charla continúa como si nada. Hablan otros profesores: citas de autores, lecturas y películas recomendadas, algo sobre la falta de presupuesto, algo sobre la política nacional, la calamidad del viernes negro, el dólar. La cosa promete, pensé. Esto no se parece al colegio. Todavía faltaban algunos años para el 27 de febrero y la caída del muro de Berlín. Los sandinistas aún tenían cierto sentido. Eso pensábamos.

Al comenzar las clases nos dimos cuenta de que los profesores tenían en común a la literatura, y solamente a la literatura. De resto no se parecían en nada. Casi todos los profesores del colegio eran iguales, como clones, uno los confundía. Los de la universidad podían ser, en cambio, divorciados, casados, solteros, viudos, heterosexuales, homosexuales, blancos, negros, nacionales, extranjeros, elitescos, populares, marxistas, marxistas desencantados, esotéricos, jungeanos, monárquicos, revolucionarios, jóvenes, heideggerianos, viejos, críticos, escritores, alcohólicos, románticos, apasionados, desinteresados, caraqueños, de provincia, eurocentristas, latinoamericanicentristas, venezolanocentristas, brillantes, apagados, neuróticos, abnegados. El sueño de un taxonomista. Mejor que la lista de animales del reino que aparece en «El idioma analítico de John Wilkins» de Borges. Uno podría decir lo mismo que decía Ángel Rosenblat del español de América: había unidad y diferenciación a la vez: «Cada pájaro tiene su canto». (1962: 30)

Estudiar literatura desde todas estas perspectivas fue una experiencia un poco esquizoide para muchos de nosotros. Algo cubista. O quizá no. Las contradicciones eran descaradas. Parecía imposible compaginar una clase con la otra. Si una cosa era cierta para un profesor, para el otro era falsa. Shakespeare podía ser, a la vez, el escritor más importante de la historia y un fastidioso hombre blanco muerto. Gallegos era un adeco de torpe prosa que había que olvidar y también el centro del canon venezolano. Teresa de la Parra era secundaria y a la vez la que escribe nuestra primera novela de verdad. Eso de la libertad de cátedra era muy respetado. Era una de las cosas que se respetaba.

Sin embargo, lo que parecía un despelote fue cobrando sentido con el tiempo. Debo decir que tardé muchos años en descubrirlo, que tuve que graduarme y hacer un postgrado para darme cuenta de que había alguna lógica en la educación que había recibido. Creo

que es verdad que eso que llaman sentido solamente se puede encontrar cuando se mira hacia atrás, por el retrovisor, cuando uno se pone a buscar algo en el pasado que le dé algún piso al presente, alguna historia, alguna narrativa que en realidad no existe más allá de nuestros extraños deseos de poner los pies, en grupo, sobre algo más o menos firme. Es decir: un invento tranquilizador. Yo vengo de aquí, luego fui para allá, después regresé, metí la pata varias veces pero entonces encontré mi camino, con otros que les pasó algo parecido, en un país que compartimos con mayor o menor mezquindad. Y por eso soy lo que soy hoy en día: profesor de literatura. Algo así. Un Tafil de palabras. El sentido que me imagino que tuvo esa Escuela de Letras diversa es que nos empujó a los que ahí estudiamos a vivir de primera mano el conflicto y la contradicción como algo cotidiano, no como una excepción. Lo raro era el consenso. Ese conflicto no se expresaba, en general, en confrontaciones personales. Se hacía ver en las discusiones de clase, en las bibliografías, en los programas, en las publicaciones, en el pasillo. La versión menos seria de ese rollo agarró forma en una fórmula binaria: los bonitos y los feos. A los feos les gustaba la teoría literaria, a los bonitos la literatura. Yo estaba con los feos, y los bonitos no me caían mal. Pero en realidad los estudiantes éramos, como los profesores, un archipiélago difícil de agrupar en una sola nación. Me imagino que eran cosas de la época, que eso tenía que ver con la desilusión generalizada en torno a los proyectos colectivos. Aunque alguno de nosotros trataba de ser dogmático, aunque alguien intentara militar seriamente en alguna escuela literaria, al final casi todo se resolvía en el mismo mezclote que compartíamos. Es verdad lo que tú dices, pero también lo que yo digo, aunque nos contradigamos. Algo así.

Muchos años después, cuando me tocó hacer el concurso de oposición para entrar en firme como profesor de la Escuela, me crucé con una cita de Gérard Genette que creo que adelanta alguna explicación más o menos satisfactoria, quizás demasiado prudente, sobre este tema: «La literatura es sin duda varias cosas a la vez, unidas (por ejemplo) por el vínculo, bastante tenue, de lo que Wittgenstein llamaba ‘un parecido de familia’ y cuyo examen simultáneo resulta difícil o tal vez (...) imposible» (1995: 11). Creo que esta frase también nos explica a los estudiantes y a los profesores de la Escuela. Teníamos un parecido de familia, un vínculo tenue. Una fraternidad/sonoridad sutil, basada en eso que llamamos

literatura, que a su vez resulta difícil, o tal vez imposible, examinar de forma simultánea. El único problema que veo con lo de Wittgenstein es que explica casi todas las agrupaciones que el ser humano ha construido, menos las militares y las autoritarias, que fuerzan parecidos exagerados. Al explicar demasiado termina por explicar poco, quiero decir. Prudente, pero igual me gusta.

Con el tiempo también me di cuenta de que las diferentes formas de entender la literatura tenían cada una su historia. Respondían a intereses distintos. No creo que éste sea el lugar para detenerse en el asunto, por demás conocido. Sí pienso que hay que decir que todas esas posiciones eran promovidas y defendidas por nuestros profesores con un entusiasmo que no era muy académico que digamos. La ciencia supone, o suponía, que cualquier propuesta puede ser rebatida por otra. De eso depende todo. Toda teoría tiene un carácter provisional: vale hasta que se pruebe lo contrario, o hasta que se pruebe otra cosa distinta. A mis profesores, en cambio, se les iba la vida en sus posiciones. Era una cosa de fe, más que de ciencia, eso de estudiar literatura. No quiero decir con esto que no estuvieran conscientes de la historicidad de sus perspectivas ni que sus planteamientos no tuvieran sentido, ni mucho menos que fueran autoritarios, sino que resultaba imposible rebatirlos, por sólidos. El espacio para hacerlo existía, y alguno de nosotros intentaba impugnar, pero en general fracasaba. Mientras el resto del país se sumergía en la duda, la ambigüedad, el relativismo en torno a la democracia, mientras se buscaban chivos expiatorios para explicar la desgracia nacional, en la Escuela de Letras un grupo de profesores estaba seguro de algo. Bueno, cada quien estaba seguro de algo distinto. Hasta el que dudaba estaba seguro, estaba seguro de que la duda era la cosa. Como estudiantes, lo que recibíamos no era precisamente un *collage*, porque a fin y al cabo el *collage* produce algún sentido más o menos unificado. Lo que se nos presentaba como literatura era, más bien, una enorme variedad de contradicciones.

Hoy en día extraño esas seguridades, en parte. Debe ser una cosa freudiana. Es que ahora pareciera, por ejemplo, que el académico ya no está seguro de nada, no habla desde ninguna trinchera, desde ninguna posición. O mejor: habla desde varios lugares a la vez. Por eso ha florecido entre nosotros lo que los estadounidenses llaman la cultura del guión, del guión entre dos palabras. Fredric Jameson, por ejemplo, no es solamente marxista: hay que decir que es marxista-

postmoderno. Así mismo tenemos feminismo-lacanian, bolivariano-socialista, etc. Foucault sería el mejor ejemplo: su trabajo es puro guión, entre varias cosas, dependiendo del caso. El sí pero no, la ambigüedad. Pocos toman posición, o ya no hay posiciones que tomar, o la única posición posible supone varias a la vez, porque tampoco hemos construido un lado de afuera, una nueva posición que logre contradecir todas las demás. Solamente un par de críticos se atreven a decir que no, y la comunidad literaria suele demonizarlos sin piedad, pero siguen siendo miembros de la familia, seguimos reconociéndonos en ellos.

Hay, sin embargo, un saldo positivo de esta relativización. Nadie puede defender, hoy en día, ninguna posición autosuficiente, como en otro momento, y entonces el fanatismo, por lo menos en los estudios literarios, se ha desactivado. Anda rampante por todos lados, menos en la literatura. Pero si antes las posiciones resultaban incontestables ahora corremos el riesgo de no poder, ni siquiera, discutir entre nosotros, porque ninguno conoce las reglas del otro, o peor: nadie tiene reglas. No tenemos protocolos, más allá de los requisitos que nos piden los centros de apoyo a la investigación. Vivimos en una nueva Babel desactivada, como dicen. Un buen trabajo de crítica contemporáneo puede reunir referencias que antes eran consideradas contradictorias. Un poquito de Marx, otro de Bachelard, algo de Peirce, algo de Freud, un toque de Duras, otro de García Canclini, de Kristeva, de Bataille, Uslar, Osorio, Liscano, Bloom, Morin, Miliani, Cornejo Polar, Genette, Rama y pare de contar. Nadie se suele quejar de este arroz con mango. O los que se quejan son solamente los viejos, los viejos modernos, que igual siempre se quejan de todo. La certeza se ha desvanecido, y lo que en principio pareciera ser una tendencia estimulante y arriesgada termina cediendo espacios a otras formas de poder, que sí mantienen certezas, como el militarismo. Si todo es relativo entonces la libertad de cátedra, la autonomía universitaria, la libertad de expresión, la libertad política, y hasta la democracia y la igualdad misma se vuelven relativas. ¿Puede salir algo mejor de todo esto? Uno sigue apostado a que sí, con todas las dudas del caso.

Creo que la teoría y la crítica me gustaron desde el comienzo porque la oferta, especialmente la de la teoría literaria, era atractiva, como la de todas las teorías. Detrás de cada particularidad existen regularidades que pueden dar cuenta de todo el fenómeno a la vez. Si se estudiaban esas regularidades, esos comportamientos

repetidos, compartidos, uno podría alcanzar un conocimiento profundo, de la literatura, en nuestro caso. Creo que tenía la idea de que la teoría era una especie de reducción de vinagre balsámico, un concentrado que podía darle sabor a una enorme cantidad de libros. No hay tiempo en la vida para leerse todas las novelas, todos los cuentos, todas las obras de teatro, todos los libros de poesía, todas las crónicas, todos los testimonios. Sí hay tiempo para leer y entender todas las teorías literarias, que por lo demás tampoco son muy complicadas que digamos. A partir de esto, uno podría dedicarse a la crítica, con ese morral de teoría en la espalda, para poder entender la parte escondida del *iceberg*. También tardé muchos años en descubrir que esa oferta era exagerada. Que también hay fenómenos planos, sin espesores ni detrajes. Esa es la lección de Andy Warhol: el significado de la superficialidad. Además de esto, la teoría literaria, por sí sola, no necesariamente es capaz de explicar en profundidad a la literatura, no porque no pueda proponer y usar herramientas que permitan describir minuciosamente el fenómeno. Creo que eso sí lo hace bien. Sino porque la literatura no es solamente literatura. Y si no es solamente literatura entonces para estudiarla hay que echar mano de otras teorías. El formalismo ruso, por ejemplo, que había logrado formular una primera teoría propiamente literaria, se detenía en el texto, no decía nada del lector, de los soportes, de los canales de distribución de la literatura, de los escritores, de las instituciones, de los gustos, de la historia de las sensibilidades, de la política. Todo eso quedaba entre paréntesis. «El lenguaje es el ser de la literatura», decía mucho tiempo después del formalismo Roland Barthes (1987: 15). A muchos eso nos sonaba a metafísica, algo parecido a lo que habíamos escuchado en la iglesia, el otro lugar donde se lee en voz alta. Tampoco resultaba fácil de tragar que la crítica literaria era la que construía la literatura, eso de T. W. Adorno: «Las obras acabadas han llegado a ser lo que son por medio de un proceso, porque su ser es su devenir. Por esto se remiten a las formas en que cristaliza ese proceso: interpretación, comentario, crítica» (1983: 255). Pero al final uno terminaba en el lugar del comienzo, porque si bien hay tiempo para leer y entender todas las teorías literarias, no hay tiempo para hacer lo propio con todas las teorías en general, igual que no hay tiempo de leer toda la literatura, y mucho menos toda la crítica. Quedaba, entonces, la opción de la especialización. Pero nuestro tiempo más bien nos ha empujado a muchos de nosotros hacia el extremo opuesto, en reacción a la hiperespecialización moderna. ¿Se

puede ser un buen crítico, un buen profesor de literatura hoy en día si uno solo sabe de Borges? No. O no por ahora.

Creo que todo eso de que nuestros profesores tuvieran posiciones firmes y más o menos claras, al comienzo nos sonaba raro por el contexto en que vivíamos. Del viernes negro de 1983 al 27 de febrero de 1989 el país intentaba esquivar las doctrinas de moda del FMI, mientras algunos medios de comunicación, la derecha y la izquierda, nos convencían de que los partidos y los sindicatos, de cualquier signo, no servían para nada. La derecha proponía a la gerencia como sustituto y la izquierda nada que digamos. El demonio de ese tiempo, el gran culpable, el equivalente al Goldstein de *1984* de George Orwell, el chivo expiatorio, ya no era el imperialismo yanqui ni Cuba, y todavía no era el narcotráfico ni el terrorismo, ni el imperialismo yanqui otra vez. El inicio de la postguerra fría no implicó enemigos concretos, por un tiempo. Ese vacío fue el signo más claro del *interregno* que vivimos, que ya se acabó. En nuestro caso local sí tuvimos un enemigo: la razón de todos los males fue la política, en especial los partidos políticos, todos, los grandes y los pequeños, los nuevos y los viejos. Apenas nació el imperio de la sociedad civil, las ONGs, las fundaciones culturales privadas. De hecho, el movimiento estudiantil de aquel entonces logró articularse en torno a una fórmula independiente, de izquierda, sin ataduras con los partidos políticos. A partir de esa separación alcanzó la mayor popularidad. Pero la izquierda no fue la única que se despartidizó. La derecha hizo lo mismo. Los años de gobierno de Jaime Lusinchi estuvieron marcados por un acuerdo generalizado y más bien mediocre: la política no servía para nada. Era cosa de sentido común, casi. Carlos Andrés Pérez gana luego su segundo período montado sobre esa misma ola antipolítica. Colette Capriles, en su libro *La revolución como espectáculo*, ha registrado la versión contemporánea de este movimiento despolitizador.

Lo que quiero decir es que para muchos de nosotros las opciones nunca fueron claras, a diferencia de nuestros profesores. Mis compañeros de Escuela no militaban en partidos tradicionales. Alguno que otro pertenecía a grupos radicales que cambiaban de nombre a cada rato. Una de ellas, Yulimar Reyes, murió asesinada por la represión del gobierno el 27 de febrero. Ella fue una de las pocas que sí tenía una clara opción. Había un representante del Partido Comunista en la Escuela, mayor que todos nosotros, y alguno que otro estudiante, también mayor, había militado en el partido. De resto

todos compartíamos el mismo sinsabor que tenía la política en aquel entonces. Habíamos caído en la misma trampa. El tiempo nos demostraría la mayor equivocación de nuestra generación: habernos dejado convencer de que la política no tenía sentido.

Sin embargo había un lugar donde la política sí nos gustaba. Fue el refugio y la compensación por las carencias de la política nacional. Ese lugar era la literatura. Algunos compartíamos el interés por el análisis marxista de la literatura o por sus derivados, así como por los géneros conflictivos, como el testimonio. A mí en particular me interesaba el testimonio porque me parecía que ponía en crisis a la literatura. Una cosa, para seguir con las contradicciones, también esquizoide: la crisis de lo que más me gustaba. Algún tiempo después, cuando estudiaba en el postgrado, pude entrar en contacto con una de las mayores autoridades en el tema, con John Beverley. En su libro *Against Literature* decía cosas como esta: «si la novela había tenido una relación especial con el humanismo, el surgimiento de la burguesía europea, el colonialismo y el imperialismo (...), el testimonio es, en cambio, una nueva forma de narrativa literaria en la cual nosotros podemos ser, al mismo tiempo, testigos y parte de la cultura emergente de un sujeto internacional, proletario/popular-democrático» (1993: 85). En la Escuela de Letras de los 80 todavía no llegábamos a tanto. Pensábamos que dentro de la misma literatura se podía producir un espacio de crítica política que de alguna manera podía empujar algún cambio social, aunque no supiéramos bien cómo. Compartíamos, por ejemplo, la posibilidad de imaginar algo así como una especie de teoría literaria latinoamericana, cosa que heredamos de algunos estudiantes más viejos. El tiempo nos enseñó que eso también era una exageración.

Mientras estudiaba en la Escuela de Letras trabajé en la Biblioteca del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos. Algunos años antes, este Centro había logrado reunir el mejor grupo equipo de investigadores y escritores, aprovechando, en parte, el exilio del Cono Sur. Para el momento en que yo comencé a trabajar ya no quedaba mucho de aquel grupo. La institución estaba por mudarse a su nueva sede y trataba de reimaginarse en un nuevo contexto. Amparo Montañez, directora de la Biblioteca, se dedicó a mantener una colección de libros y revistas que constantemente estaba amenazada por las carencias económicas de las instituciones de este tipo en los ochenta. Si no fuera por su esfuerzo, y el de la

bibliotecóloga Mérida Quijada, poco quedaría de esa biblioteca hoy en día. En el CELARG, como se le llamaba, también tuve la suerte de trabajar con Miguel Miguel, director de la Sala RG, que se inauguró en la nueva sede. Con un entusiasmo y una convicción nada común, Miguel Miguel convenció a las autoridades de que abrieran un espacio para el arte. Con el tiempo, la Sala RG se convirtió en la referencia fundamental de los 80, una década particularmente productiva para el arte venezolano. En esa sala se mostró la primera muestra de José Antonio Hernández-Diez, francamente política, por cierto, así como las primeras de Sigfredo Chacón, entre tantos otros. Miguel Miguel y Jesús Fuenmayor, su mano derecha, tuvieron la generosidad de invitarme a escribir el texto de un par de catálogos. Creo que esa fue la primera vez que hice algo parecido a la crítica.

En el CELARG tuve la oportunidad de conocer de primera mano el trabajo de algunos investigadores, artistas y curadores, que trabajaban a contrapelo, en un país que se le borraba el futuro. El edificio recién inaugurado mostraba todas sus debilidades demasiado pronto. Las baldosas de las paredes se caían, los techos filtraban. Nadie le había preguntado a un bibliotecólogo cómo debía construirse una biblioteca, de modo que el espacio proyectado para guardar libros resultó más apropiado para poner a los lectores, y viceversa. Recuerdo que una vez se cayó un andamio de varios cuerpos. El obrero que estaba limpiando los techos del patio central se vino al suelo y se le reventó la cabeza en mil pedazos, justo frente al busto de Rómulo Gallegos. Luego lo cambiaron de lugar, a Gallegos. El obrero no estaba asegurado, ni a una cuerda ni en una compañía. Nadie respondió. Un accidente, nada más. Un aire de horror quedó por ahí, para siempre, para mí.

Aunque haya publicado algunos trabajos como crítico desde hace tiempo, solamente una vez me han puesto ese título, recientemente, en una noticia que anunciaba una charla que di sobre la jerga caraqueña: «Uno de los integrantes de Vagos y Maleantes, Carlos Madera, mejor conocido como Nigga, y Vicente Lecuna, docente de Letras de la UCV y crítico literario» (2005: 4). Menos mal, porque no me siento cómodo con ese nombre. Algo parecido me pasa con la teoría: me gusta, toda, la literaria y la que no lo es, pero me resulta exagerado el título de teórico. Creo que todos los que hacemos algo parecido en las Escuelas de Letras, que hacemos crítica, no somos mucho más que los custodios de un discurso, como diría Terry Eagleton

(1991: 201). Ese sería el título más apropiado, custodio de la literatura, aunque tampoco sea cómodo. ¿Por qué la custodiamos? ¿Para quién? ¿Realmente debemos custodiarla? ¿Quién la amenaza? Incluso en el caso de que consideremos crucial cuestionar el discurso de la literatura, que supongamos que es necesario mostrar su lado oscuro, problematizar sus alcances, exponer sus limitaciones, creo que siempre terminamos por custodiarla. Igual que si la celebráramos. Quiero decir: en todos los casos suponemos que la literatura tiene un valor que hay que proteger. Ha sido diferente en otras épocas y en otros lugares. A nosotros nos toca custodiar a la literatura para que la lógica cultural de la globalización, es decir, la consideración de que la cultura no es más que un recurso para conseguir otros fines distintos a ella, como dice Yúdice en *El recurso de la cultura* (2002), no termine por colocar a la literatura en un mero «para que». Y no porque los para que sean malos en sí, sino porque de esa manera se aplanaría la diversidad de posibilidades que implica la literatura, en el mejor de los casos.

Después de graduarme en la UCV ingresé en el Departamento de Lenguaje y Literatura Latinoamericana de la Universidad de Pittsburgh. Me interesaba seguirle la pista a John Beverley, especialista en testimonio y profesor de esa universidad. Al comenzar el programa me enteré de una discusión que acababa de producirse entre los miembros radicales de los Estudios Culturales y los menos radicales. Los primeros pensaban que los Estudios Culturales no debían institucionalizarse y los segundos que había que hacerlo. Para ese entonces yo no sabía nada del tema. Eso era al comienzo de los 90. A mí me interesaba la literatura latinoamericana y el testimonio, nada más. Con el tiempo me fui acercando a los Estudios Culturales. Creo que esa fue la forma que le tocó a mi generación de continuar siendo marxista, después de la caída del muro y todo lo demás. Ahí me formé en lo que podríamos llamar el lado oscuro de la literatura. Poder y literatura ya no eran prácticas contradictorias, como uno quiso creer tanto tiempo, sino (también, y seguramente más) hermanas en la misma causa, sobre todo en Latinoamérica, tan empeñada en imaginarse de una forma literaturezca, al margen del resto. La fórmula suponía una mezcla de Marx con Foucault, con contorno de Canclini y Martín Barbero. John Beverley fue mi gurú. Le agradezco todo. Lo bueno que puedan tener mis trabajos hoy en día se debe a él. Lo malo es de mi propia cosecha.

Al regresar a Venezuela en 1997 me integré a la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela. Continué una tradición endogámica que acabará por darnos hijos con rabo de cochino. Pude hacerlo por la generosidad de la profesora Márgara Russotto, que me hizo una oferta de trabajo, suscrita al Programa de Investigadores Noveles (PIN). Desde entonces supongo que me dedico a continuar la vieja tradición marxista en un país que demuestra las limitaciones de esa doctrina problemática, parcial y demasiado vieja, convertida en caricatura fascistoide por el discurso del Estado venezolano, como suele pasar en otros lados también. Ahora mis colegas y yo somos los que les decimos a los nuevos estudiantes que no quieren estudiar Letras que no importa, que eso se repara, que les gustará, que ya verán. Seguimos haciendo una Escuela que pensamos diversa, problemática. Tratamos de sobreponernos al hecho de haber abandonado la política, la que sucede más allá de la literatura. Algunos de nosotros pensamos que la mejor forma de ser revolucionarios (si es que todavía esta palabra pueda tener una buena acepción) es conservar los espacios que nuestros padres crearon, para que no se los lleve por delante la gerencia ni los militares, empeñados en la misma causa sin saberlo, opuestos pero hermanos de la misma destrucción. La mejor forma de conservar, en nuestros días, en nuestro país, es destruir las instituciones. Suena raro, es verdad. Pero dejar perder espacios conquistados no debe ser interpretado sino como una forma de conservadurismo. Alguien podría suponer que no nos merecemos esos espacios, que hay que sacudirlos, renovarlos, reconquistarlos. Es verdad. Todavía algunos vivimos en medio de privilegios, medio patéticos, pero privilegios en fin. Pero anular esos espacios retrasará el cambio político que queremos, atontará a las universidades, las convertirá en liceos que producirán graduados apolíticos, dóciles, manejables, conservadores de verdad verdad. Por eso, aunque sigo de cerca las mismas posiciones que mantuve en Pittsburgh, ya no estoy tan seguro de que los Estudios Literarios sean necesariamente hermanos de los poderes de la represión y el autoritarismo, como alguna vez pensé. Ahora pienso que pueden oponérsele, como David a Goliat. Debe ser una cosa del contexto. Ojalá alguna vez pueda volver a pensar de otra manera.

REFERENCIAS

- Adorno, T. W. (1983). *Teoría estética*. Barcelona: Orbis.
- Barthes, R. (1987). *El susurro del lenguaje*. Barcelona: Paidós.
- Beverly, J. (1993). *Against Literature*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Eagleton, T. (1991). *Literary Theory*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Genette, G. (1995). *Ficción y dicción*. Barcelona: Lumen.
- Gómez, F. D. (Nigga) y Lecuna, Vicente. Nigga y Vicente Lecuna se caen a charla. (18 de noviembre de 2005). *En Caracas*, 2(81), 4.
- Rosenblat, Á. (1962). *El castellano de España y el castellano de América*. Caracas: Instituto de Filología Andrés Bello.
- Yúdice, G. (2002). *El recurso de la cultura*. Barcelona: Gedisa.

